



GILBLAS

CÓMICO

5 CS.

Director Propietario,
JOSE MARIA PRADO.

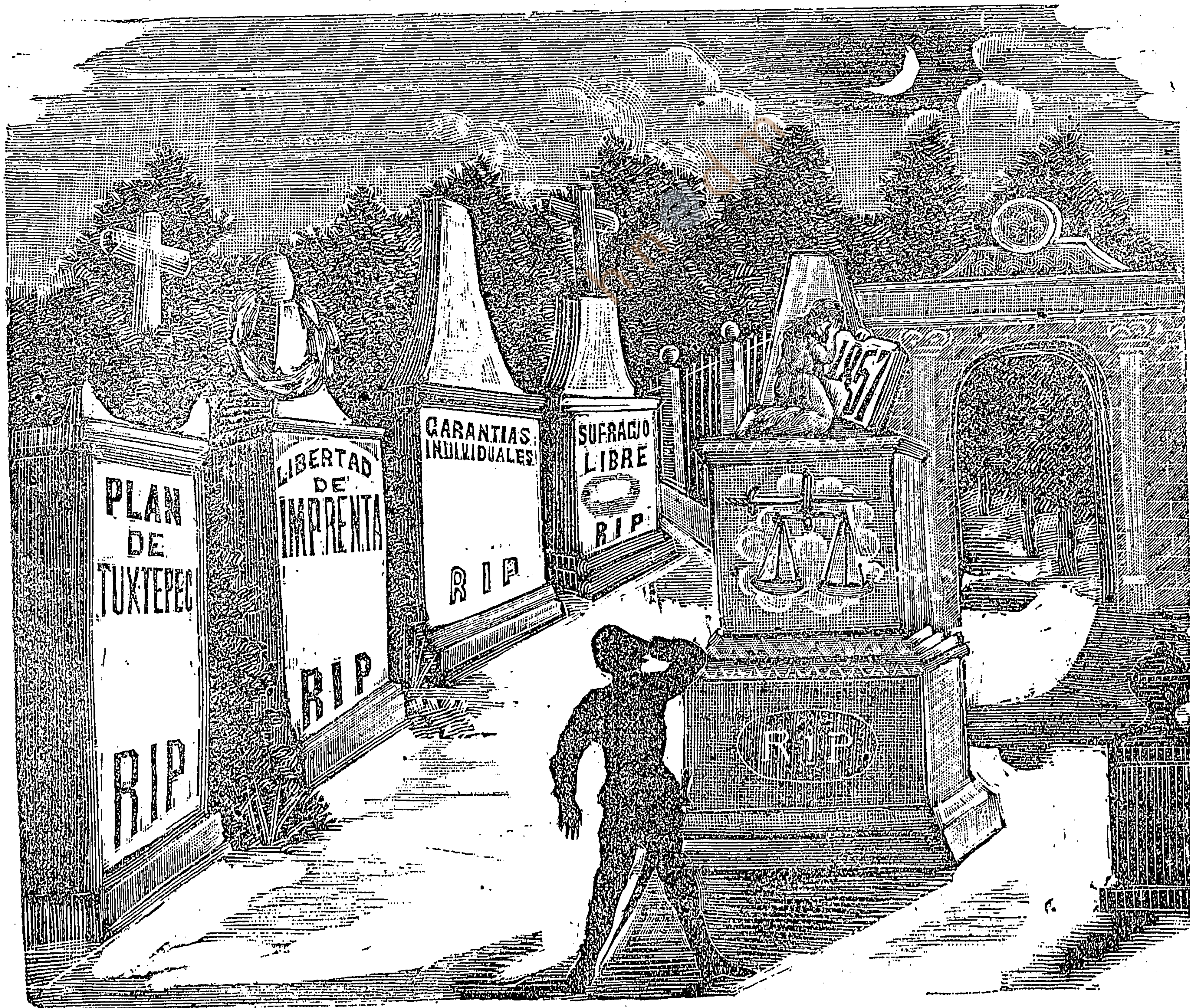
5 CS.

Tomo II.

México, Lunes 2 de Noviembre de 1896.

Núm. 28.

Panteón Político.



Llorando al hueso.

"Mármol en que Doña Inés
En cuerpo sin alma existe,
¡Deja que tus huesos triste
Llore un momento á tus piés!"

GIL BLAS CÓMICO

A TELON CORRIDO.

AHORA le ha llegado su turno á los muertos, á los *fiel*es difuntos, como dice la Iglesia, para que no entren en la conmemoración más que los muertos de la familia, los suyos, los que le han sido *fiel*es, haciendo así un apartado como se hace en el mundo para invitar á un atracón ó á un baile nada más á los parientes y amigos.

Pero esa es la caridad católica, no perdonar ni á los muertos que no les han pagado á los padrecitos el bautizo, la confirmación, el casamiento y el entierro ó el entierrote.

Y sin embargo, esos *herejes* no han necesitado permiso para morir y están bien muertos.

—¿Pagas el casamiento? ¿Pagas las vanas? ¿No? Pues no te confieso. ¿Te mueres? Pues no te absuelvo ni te entierro en sagrado.

Con cuánto gusto dirían: ¿No pagas? Pues no te mueres.

Pero los *herejes* no pagan por morir, y estiran la pata como unos contrabandistas.

Mas los padrecitos no rezarán por esos difuntos, que deben estar ardiendo en los apretados infiernos, y arderán sin consumirse, como los hilos de platino del alumbrado incandescente, por todos los siglos de los siglos.

Amén.

* *

Pero la Muerte, esa niveladora más sabia y pareja que el Lic. Limantour, no entiende de partidos, de *azules* ni de *colorados*, y á todos nos estira las patas parejo, lo mismo al que calza botas de charol que al que se amarra al pargatas con cintas ó guaraches con correas.

Debajo de tierra todos somos calaveras pelonas y amarillas, que por más que pelen los dientes no muerden nada ni á nadie, y todas comen tierra.

¿Qué muerto no tiene su recuerdo, por más huérfano de afectos que haya vivido en este Valle de risas y lágrimas?.....

La flanita de oro de la vela del recuerdo, parpadea hoy en la memoria de todos los hombres, aletea como una mariposa en el panteón de los recuerdos que todos llevamos en el alma, porque todos somos mortales y tenemos que fraternizar con la Muerte, con esa conductora del tren de la vida, que en el viaje á la eternidad nos va apeando en las estaciones.

No sé por qué es ese horror á la *Muerte* y á los *muer*tos, cuando todos, más tarde ó más temprano, tenemos que reclinar la soñadora cabeza en su helado regazo y que *vivir* con ellos.

Ellos, cuando se haya tapiado el nicho, incomunicándonos con el mundo de los vivos; cuando se haya formado el montículo en la fosa que guarda nuestros fríos restos, y hayan hincado en él *la señal de la cruz*, regándola de flores y lágrimas, y se ausenten tras el fatigado sepulturero los enlutados dolientes, dejándonos solos para ir á proseguir la ardiente batalla de la vida, *ellos*, los muertos, nos tenderán su mano huesosa á través de los muros, á través de la tierra, y estrecharán la nuestra diciéndonos alegremente:

—¡Buenas noches, vecino! Somos compañeros en el viaje de la Eternidad. El viajecito es largo y hay tiempo para hacernos amigos y charlar, procurando no fastidiarnos.

¡Eh! ¿Llora usted? ¡Bah! Todos llegamos llorando como niños que se han perdido ó que han sido abandonados por su madre....

—¡Ay! Qué quiere usted; ahí se van llorando mi esposa, mi hija, mis amigos.... ¡ay!

—¡Bah! Ellos se consolarán. Su esposa se va á entregar

á las inefables delicias del luto y la devoción, y á encontrarse simpática y adorable con su vestido negro, su devocionario y su rosario en la mano; mientras descuelga el retrato de usted para poner el de su segundo marido.....

—Hombre, no diga usted barbaridades.....

—Y su hija se desnudará su corto vestido negro para vestirse el blanco traje de la desposada....

—¡Vaya un muerto grosero!

—¡Es la *suprema ley*, como dice Federico Gamboa! Cuanto á sus amigos, dirán *¡pobre!* y se irán á tomar copas, antes y después de las *tandas*. ¿Quiere usted echar con nosotros un cigarro y un traguito?

—Vaya; hace aquí tanto frío.....

—Pues siéntese, hombre. La tristeza es patrimonio de los vivos, por más que finjan alegrarse royéndose unos á otros. Ya verá usted, ahora que salga la luna y se duerman los sepultureros cómo salimos á pasear, charlar y danzar alegremente. Aquí hay muertos muy calaveras y muertecitas muy lindas y amables, que bailan unos valses mágicos, y se adornan con flores del panteón. Lo presentaré á usted con Don Juan Tenorio, con Zorrilla, con el Czar de Rusia, con.....

—¡Eh! ¿Qué barullo es ese?.....

—Son los *vivos* que vienen á hacer un día de campo con nosotros. ¡Ya verá usted cómo se divierten á nuestra salud, y luego se van á pasear á la Alameda, y á reír á las *tandas* y á los *títeres!* A la noche nos toca á nosotros. Mire, esos que parecen fuegos fatuos, son los ponches con que hemos de calentarnos en la velada de *Muertos*. Entretanto, présteme usted su GIL BLAS, para ver si me han puesto mi *calavera*.

A. PUNTADOR.

Decepción.

La negra realidad mirando triste
Y con la paz de corazón perdida,
Pensaba yo en las cosas de esta vida
Mirando que en efecto, nada existe.

En contemplar todo esto ya sin chiste,
Con una calma, por demás sufrida,
A nada le encontraba yo salida
Ni aun á mi novia que de azul se viste.

Decepcionado ya sin acordarme
De que si era ó no bicho viviente,
Me puse en autos para suicidarme,

Poniéndome un fusil sobre la frente;
Pero, canastos!..... ya para matarme
Adiviné que no era conveniente.

J. M. Godoy.

Lampazos, Octubre de 1896.

Quisicosa.

Las sonrisas del hombre enamorado
que se quiere mostrar indiferente,
cuando á alguna mujer se ha declarado
y ella no se ha dignado
corresponder á la pasión que él siente,
son..... ¡como esas sonrisas que el *Bombita*
tiene en los labios (con la sola idea
de apaciguar al público que grita)
cuando le coge un toro y le voltea.

ALBERTO CASAÑAL SHAQUERY.

CIL BLAS CÓMICO

De primera clase.

¡Qué joven más hermosa subió el martes
al coche de primera
donde iba yo á Toledo, y qué señora
tan rara iba con ella!
Las tuve que dejar, contra mi gusto,
junto á la portezuela
y ponerles los bultos en buen sitio
sufriendo mil molestias.
Un cajón, dos perritos, una manta,
un saco, tres maletas,
un mochuelo en su jaula, una bandurria,
un botijo y dos cestas
era lo que llevaban. Parecióme
la madre una pantera,
y siguió molestándome de un modo
que agotó mi paciencia.
Mas dije: "¡Qué demontre! La muchacha
me encanta, me embelesa,
y he de hacer por ganar su simpatía
cuanto de mí dependa."
Los ojos de la joven eran ascuas,
mis ojos eran yescas,
y conforme ganábamos terreno
se avivaba la hoguera.
Entretanto la madre me cargaba
sin descanso ni tregua,
preguntándome cosas importunas,
pidiéndome tijeras,
comiéndome la flor de lo que envuelto
llevaba de merienda,
poniéndome en el vientre al estirarse
dos pies como dos perchas,
haciéndome en algunas estaciones
bajar por agua fresca,
y exigiendo en Esquivias mis auxilios,
porque al ver una recua
se acordó de su esposo y de repente
la dió la pataleta.
Yo todo lo sufría con cachaza,
pues la joven ¡qué buena!
pagaba mis servicios con sonrisas
y frases lisonjeras,
precursoras de dichas inefables
y alivio de mis penas.
Llega el tren á Pantoja, que es en donde
residen mis viajeras.
Se asoma mi *gachi* á la ventanilla.
Un hombre al tren se acerca.
Ella le ve y exclama: «¡Esposo mío!»
Yo quedo hecho una pieza.
La madre, con sus bultos, como un sapo
tras la joven se apea
y al bajarse me pone á mí una cara
de vinagre de yema.
Suenan la campanilla, suena el pito,
y dentro de mí suena
una voz que me dice: «¡Te luciste!
¡Cuidado que eres bestial!»
¡Lástima de mujer! Porque he sabido
que es la fiel compañera
de un joven tan borrico que en su huerto
á lo mejor se empeña
en injertar un rábano en un chopo
y las lechugas riega
con aceite y vinagre, por si brotan
las ensaladas hechas.
Lo ocurrido me sirve de escarmiento.
Otra vez que me vea

junto á una mujer que conmigo viaje,
le diré: "¿Usted es doncella?"
¿Que dice que está libre? Pues me quedo
con los bultos que tenga.
¿Que dice que es casada? Pues de un brinco
me planto en la perrera.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

A Rosa.

Vino la luz radiante, esplendorosa,
No hay, dijo, como yo cosa tan bella!
—Quiero que veas, díjole una estrella,
Algo que tú más linda y más hermosa.
Te mandaron llamar, ¿te acuerdas, Rosa?
Y al ver tus ojos, tu mirar, aquella
Que juzgábase hermosa solo ella,
Se ocultó tras la noche ruborosa.
Quiero enseñarte aún algo más bello,
La estrella á la luz dijo, mas ten calma,
No es su nivea garganta ó su cabello;
No es su talle gentil como la palma,
Tampoco como crees es el destello
De sus ojos. . . . ¡Tan solo mira la alma.

ROBERTO LUNAR.

Tropicales.

Allá en la tierra del limonero
De la alta palma y verde cañal,
Allí un recuerdo tengo y espero
Que ese recuerdo será eternal.

* *
Entre el murmullo del arroyuelo
Que corre quieto por el pensil,
Te dice el ave cantando al vuelo:
Eres más linda que el sol de Abril.

* *
Se mece el junco gallardamente,
La enredadera brinda su flor,
La fresca rosa galantemente
Grata recuerda tu dulce amor.

* *
Entre los bosques de los mangles
Los pajarillos cantando están,
Y las palomas y los turpiales,
De mí recuerdos te llevarán.

S. MONTERO.

MISCELANEA.

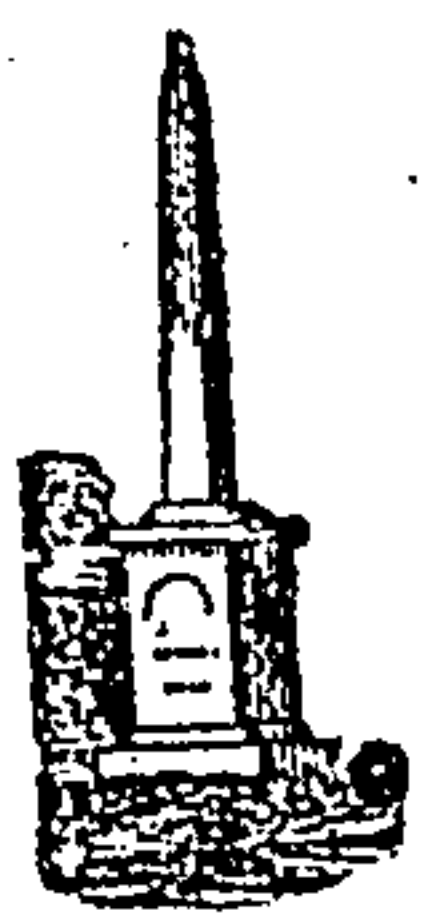
—Hombre, ya me va cargando
que, al cobrarme, el camarero
haga sonar la moneda
dos ó tres veces lo menos.
—Es que pudiera ser falsa.
—¡Precisamente por eso!

* *
—Buenas tardes, Leonor.
¿Y tu esposo?

—Ahora saldrá.
En este momento está
pastando en el comedor.
—¡Pastando! ¡Qué frases gastas!
Se va el hombre á resentir.
—No, tonta; quiero decir
que está tomando unas pastas.

GIL BLAS CÓMICO

Calavera de GIL BLAS CÓMICO.



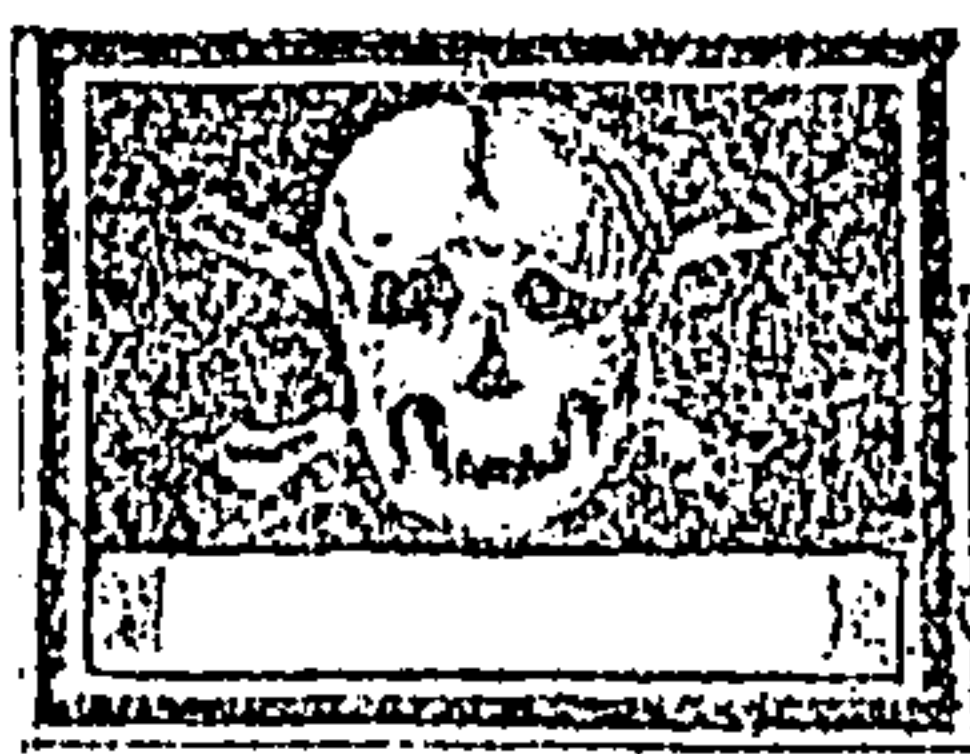
JOSÉ MARÍA PRADO.

No ha muerto; toca á maitines
Los sábados en la noche,
Y nos trae á troche y moche
Buscando los tecolines.
Con tan desusados fines
Viene á dar en conclusión
Que siempre tiene razón,
Y tras mucho averiguar
Venimos ¡ay! á quedar
Como el gallo de Morón.
Es decir, casi cantando,
Sin plumas y cacareando.
El Sumo Dios Omnipotente y Grande,
Que se lo tome en cuenta y lo demande.



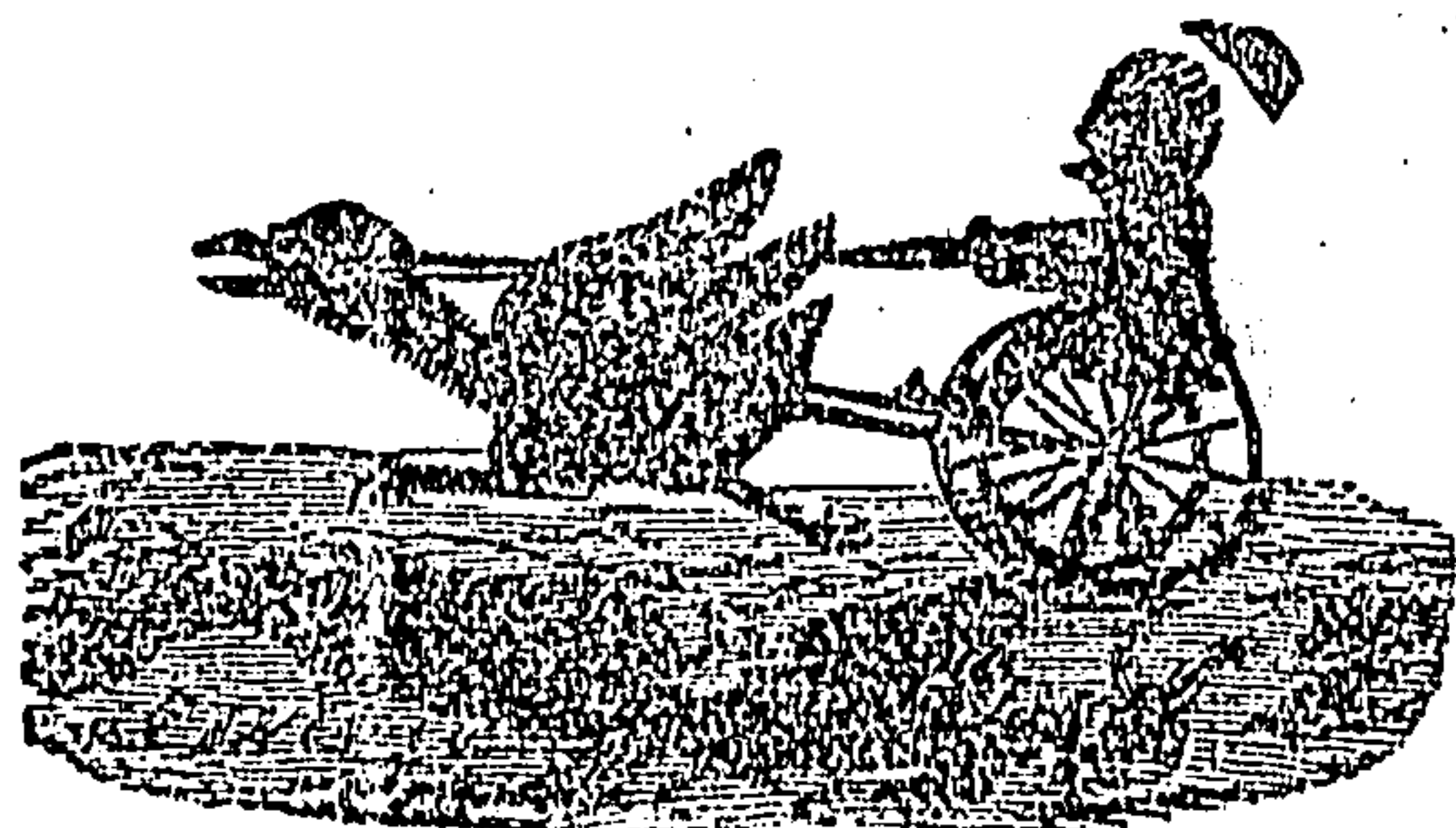
MARÍA A. TUBAU.

Aquí descansa una artista;
Murió de anemia glacial
En el Teatró Nacional;
Dios en su gloria la asista.
Murió cual la leve arista
Que arranca iracundo el viento,
Y en su divino tormento,
Viendo el desdén inhumano
Del público mexicano,
Se murió de sentimiento.
¡Paz á sus restos y gloria,
Y admiremos su memoria!



DON JESÚS BILCHES.

Fué de dignidad dechado,
Fué un cumplido caballero,
Fué amable, fino, sincero,
Atento y bien educado.
Su alma divina se elevó á la gloria;
Adoremos, mortales, su memoria.



A LA DIOSA DEL AGUA.
Murió fresca y remojada,
Porque era una diosa aguada.



LUIS AMATO.

Navegaste de bolina
Sobre mares encrespados,
Y hoy te encuentras sepultado
En esta fosa divina.
Cuando huele á chamusquina
Si el alma no se enajena,
Piensa en que el amor condena
Al que trató con María,
Con Casta, Petra, Lucía,
Con Inés y con Filomena.



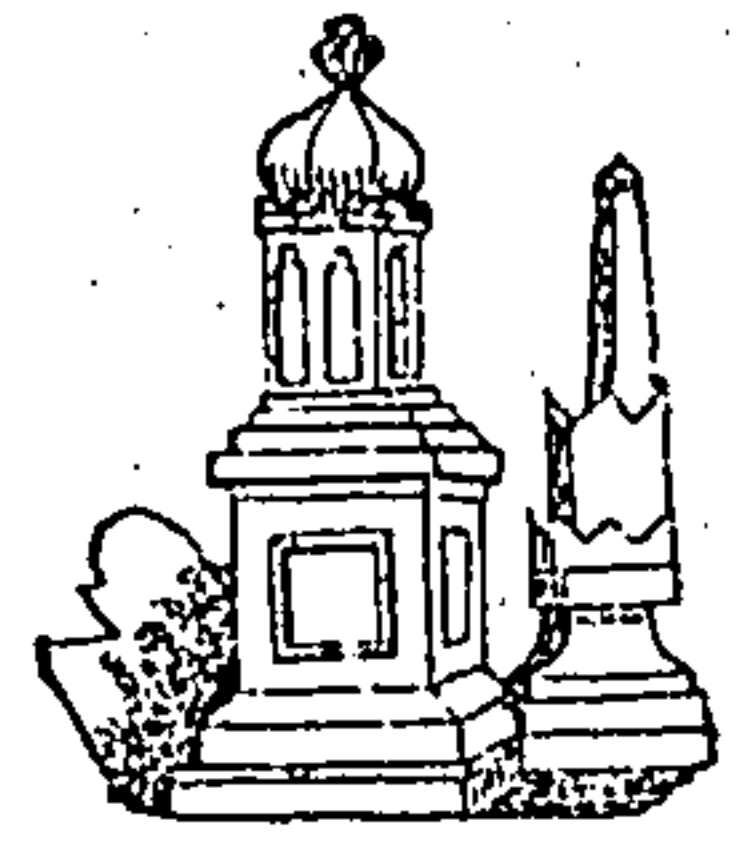
DOÑA R.....

Murió siendo pastelera
De Birján, torciendo el pico,
Por eso tuvo el fucico
Como rata callejera.
Fué chismosa, depravada,
Ambiciosa, deleznable,
Impúdica, miserable,
Calumniadora y menguada.
Por eso el Padre Eterno
La condenó á las llamas del Infierno,
Donde dicen que mama en copa de oro
El néctar del amor ella y su moro.



FELIPE LASSO.

Tipógrafo inmarcesible
De grata recordación,
Él dió á la «Constitución»
Forma y carácter tanjible.
Por deber ineludible
Murió diciendo, cristianos:
«Esté libro que mis manos
Imprimió con tanto afán,
Al olvido lo darán
Muy pronto los mexicanos.»



SOLEDAD GOYZUETA.

Murió de amor la desdichada Elvira
Cantando la sonora Traviata,
Y por el dulce bien que ella suspira,
Por el que amante y tierna ella delira,
Al son de una brillante serenata
Cantó el *Yo morro*... y estiró la pata.



MANUEL S. BLANCO.

Murió con gesto de alcuza
Sin bautismo y sin confesión,
Fué amante de la *tuza*,
Y fué por sus bocación,
No hombre, sino lechuza.



A NAVITAS.

Lo reclamó la osamenta
Del Panteón de Dolores,
Y espichó tras los rigores
de una furiosa tormenta.

Y cuenta que tuvo en cuenta
La Muerte, fines aviesos,
Pues sin cometer excesos
Preguntó, con hondas cuitas:
¿Quién de ustedes es Navitas?
—Aquel almacén de huesos,
Le contestó sin gran pena
El mofletudo Barrena.

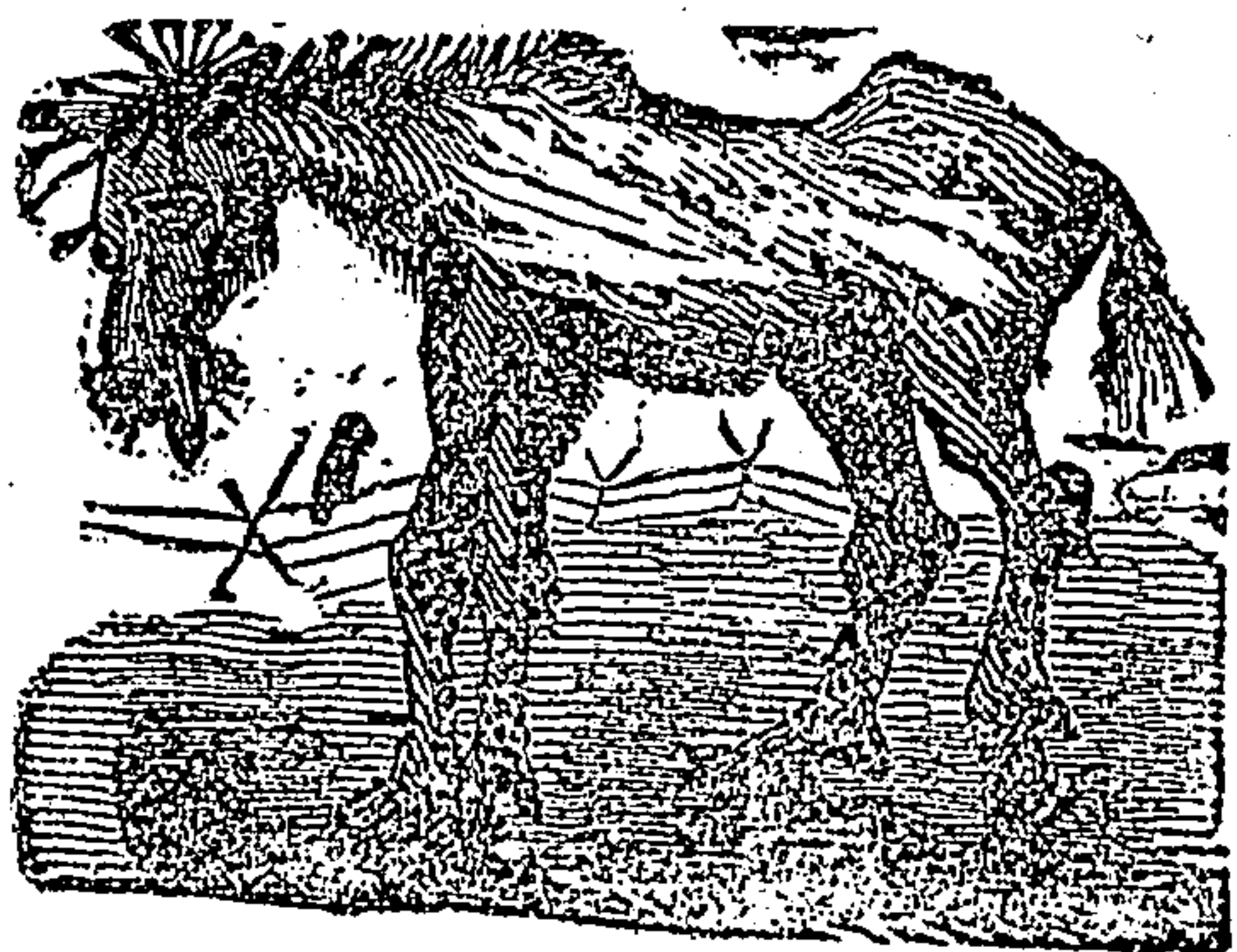
CIL BLAS CÓMICO

A SOFÍA PALACIOS.

Más linda que una rosa
De primavera,
Cuando céfiro amante
Sus hojas besa,
Murió Sofía;
Y al morir apagóse
La luz del día.
Mas confiemos
Que al fin si resucita,
Ya la veremos.

ETELVINA RODRÍGUEZ.

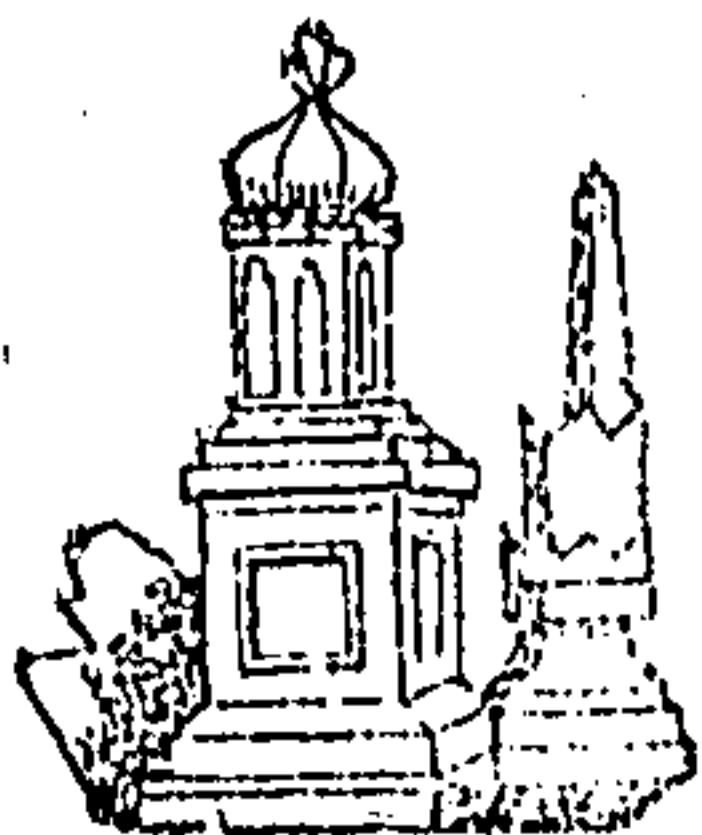
Murió en la flor de su edad
Y su muerte no se explica,
Pues era característica
De la mejor calidad.
Por ella al cielo rogad
Y con oración ferviente
Pedid al Omnipotente,
En gracia de su memoria,
Le dé paz, quietud y gloria
y un laurel para su frente.



A UNA ÍDOLO AZTECA.

Tras de tres siglos cubierta
Entre ruinas y entre escombros,
¡Oh, asombro de los asombros,
Aun vive, pues no está muerta.

Si la muerte es cosa cierta,
Ella morirá á su gusto;
Si es que su rostro betusto
No se anima al concluir,
Y obliga á la muerte á huir,
De horror, de espanto ó de susto.



LA SRITA. BAJATIERRA.

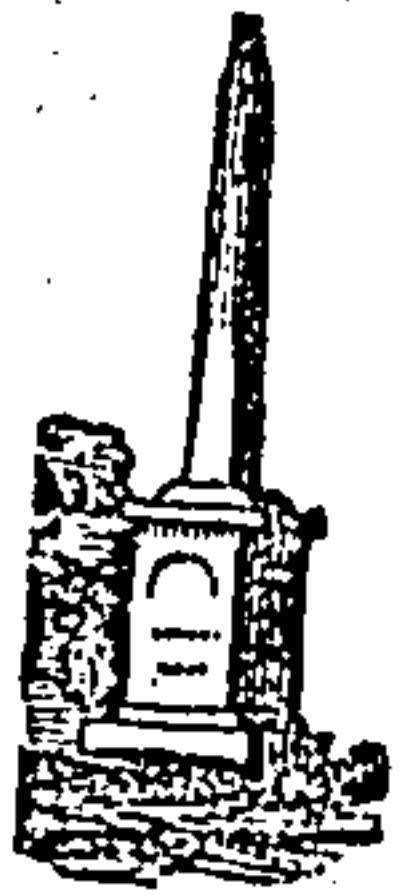
Alta y no Baja es la tierra
En que sepultada estás,
Vive en ella y ya verás
Que no eres de Bajatierra.

Si á tí la ilusión se aferra
De pensar dichosa ser
Con ventura y con placer,
Entrégate por tal parte,
Más que á las glorias del arte,
A las glorias del saber.

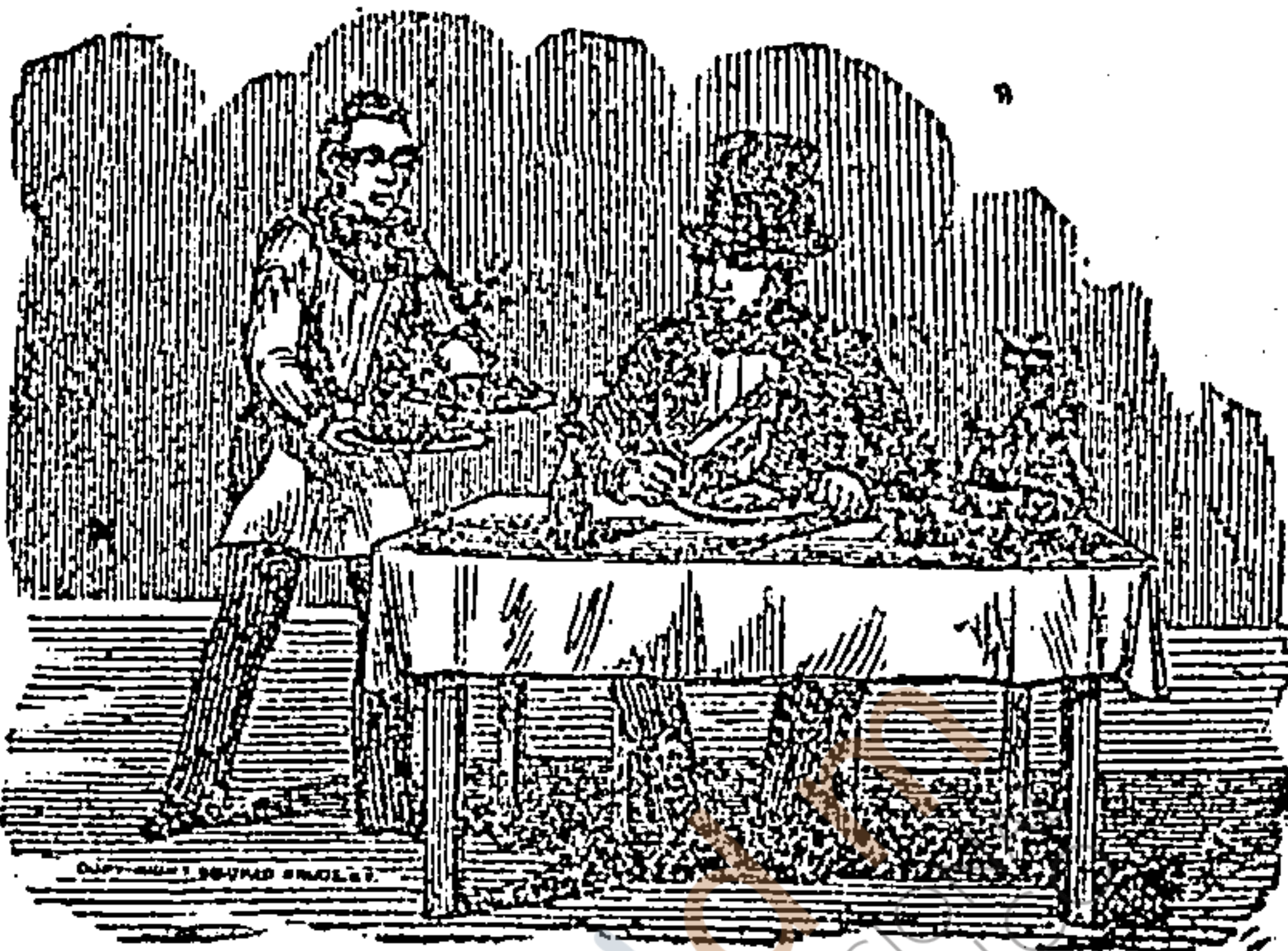
AL EXCELENTE CÓMICO, CAV. ANDREA MAGGI.



Él se murió y murió el arte,
Pero nos hizo el favor
De marcharse en el vapor
Con la música á otra parte.



EDUARDO BACHILLER.
Bachiller murió sin quiebra
Ante un frasco de Ginebra;
Y tras su suerte tirana,
La Ginebra fué la hebra
Que le dió muerte inhumana.
Si va de Baco á la gloria,
Mostrará la ejecutoria
Que en Ginebra consiguió,
Bebiendo *Cognac, Noyó,*
Y otras que cuenta la historia.



Panes de azúcar cubiertos,
y calabaza, y jalea.
—¿Qué se sirve hoy, que no sea
una cenita de muertos?



Cirios, sepultura negra,
calaveras y canillas....
¡Vaya un *menú!* Estas cosillas
que se las coma mi suegra.



Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin bota existe,
¡Deja que te llore triste
tu desesperado inglés!



Piadoso sepulturero,
en mi tienes buen hallazgo
y aun muerto un buen reportazgo
te hará Manuel Caballero.

LA MUJER HONRADA.

No basta el honrado ser,
Sino que, aun sobre serlo,
Ante el mundo parecerlo
Debe la honrada mujer,
Pues rara vez acontece,
Cuando la opinión condena,
Que sea inocente y buena
Mujer que no lo parece.

ANTONIO DE PADUA.

CANTARES.

«Suspiros que el aire lleva,
sabe Dios á dónde irán.»
Dios lo sabrá; lo que es yo
no lo pienso averiguar.

«Anda, ve y dile á tu madre,
si me desprecia por pobre,»
que esa es una grosería
que no se le dice á un hombre.

«A las puertas de la cárcel
no me vengas á llorar;»
ó vienes á darme "guita,"
ó quédate por allá.

VITAL AZA.

Acaban de hacer á un compositor
una operación quirúrgica después de
haberle cloroformizado.

—¿De modo—le preguntó un ami-
go—que no ha sentido usted nada?

—Nada absolutamente; me parecía
asistir á la ópera de un colega.

—¿Cómo es esto?

—Sí, me quedé dormido al comen-
zar la introducción.

No hay que burlarse, yo sé mi len-
gua—decía un mal novelista delante
de Alfonso Daudet, el cual se conten-
tó con esta reflexión:

—Su lengua, no digo que no....
pero la de los demás....

CILBLAS CÓMICO

Los pelotaris.

PUES no ha entrado con poca furia que digamos la afición al juego de pelota en México.

Hasta ha habido un periódico, de esos que comen en los pesebres científicos de la sabiduría universal, que ha anunciado, como cosa de extraordinaria maravilla, un concierto de pelota vocal, lingual, manual, pedal y corporal, con premio de honrosa distinción para el que salga vencedor en el torneo pelotudo.

Dígole á ustedes que la idea no puede ser más original. ¿Y qué podrá conducir, después de todo, estímulo tan extravagante?

¿Qué significación de legítima utilidad podrá llevar el juego de pelota á la senda del progreso?

¿Qué impulso puede imprimir el juego de pelota al motor de la civilización para que así se estimule, con menoscabo del sano juicio y hasta del sentido común?

No me lo explico.

Dicen algunos: ese juego es el más propio para el desarrollo y fortaleza de la musculación humana.

Otros añaden, que aviva las potencias del alma y aguzza los sentidos corporales.

Y hay algunos que agregan, como complemento de perfección pelotera, que el juego de pelota es el rey de los juegos conocidos, superior al de los bolos, al de las boleras, al de la barra, etc., etc.

Así será, pero no veo la consecuencia.

Si dijeran, como digo yo, que es una especulación de mala ley para desbalijar los bolsillos de los incautos, con los azules y los colorados, con las quinielas y otras zarandajas, tal vez tendrían razón; porque, desengañémonos, las crecidas sumas de plata y de billetes que se atraviesan en esos partidos ó partidas de pelota, *no son moco de pavo*; al contrario, son moco de culebra, que mientras menos se ve, más le cuelga.

¡Desarrollo! Ya lo creo; no hay mas que mirar los retratos de esos peloteros, tan mofletudos y colorados, para ver desde luego que están altamente desarrollados, y que de una bofetada son capaces de *despampanar* á un cristiano.

Y luego criticamos el *box* de los yankees....

Y anatematizamos las corridas de toros por ser un espectáculo salvaje.....

Pues preferibles son aquel y éstos; porque en ellos no puede haber chapuzas ni engaños, como en el juego de pelota.

En Madrid se desacreditó ese juego de tal suerte, que ya ni quieren oír hablar de los tales pelotaris.

Y qué demonio de furor les ha entrado por jugar dinero. Digo, me río yo de las partidas del Coliseo, de la Olla y otras, en donde solo se cobra en la puerta, al entrar ó al salir, es lo mismo, el veinticinco por ciento.

¡Bueno está el progreso, bueno!

Me río yo de algunos mentecatos que vociferan al compás de todos sus pulmones, que estamos estacionados.

¡Qué barbaridad! Tienen ojos y no ven.

¿Pues y el juego de pelota no es motor poderoso de progreso y civilización?

Con él hemos de engrandecer á la patria, hasta elevarla á las altas regiones de la sabiduría *pelotera*.

Yo tengo mis caprichos.

El domingo anterior lo dediqué á los pelotaris, y fuí á dar de frente al frontón.

Tocóme, por dicha mía, un cómodo asiento junto á dos beldades bulliciosas y decidoras.

Desde que principió el tejemaneje de la pelota, principió el de ellas con los pelotaris, y cuidado que eran personas estimables al parecer, porque desde la cabeza á los piés estaban vestidas con intachable corrección. Eran ambas, la una rubia y la otra trigueña.

—¡Pero cómo me gusta á mí esta diversión!—dijo una de ellas.

—Y á mí—añadió la otra.—¿A usted no le gusta?—me preguntó.

—No me disgusta,—le contesté,—¿cómo me ha de disgustar espectáculo tan bello y tan saludable?

—¿Verdad que sí?—dijo la rubia.

—¡Vaya!....

—Y que con este ejercicio, confiéselo usted, todos los músculos del cuerpo humano adquieren un desarrollo y una destreza....—añadió la trigueña.

—¿Parece que le gusta á usted el desarrollo de los músculos?—le pregunté.

—¿A quién no le gusta la perfección? Y más ahora que las mujeres americanas hacen ejercicios musculares para el desarrollo de sus bonitas formas.

—¿Qué, las americanas juegan á la pelota?

—Ellas juegan á todos los juegos permitidos....

—Toma, y á los no permitidos; por eso tienen sus formas tan desarrolladas. Yo las envidio, francamente; por eso soy partidaria de todos los pelotaris. Mire usted el que va corriendo qué desarrollado está,—repuso la rubia.

—Sí, señorita, ya lo veo.

—¿Y qué dice usted?

—Yo, nada; que lo fajen.

—¿Y usted, no apuesta?

—Con usted, sí apuesto.

—Yo voy al color azul.

—Y yo al color rubio.

—No hay ese color.

—Pues es el único que me gusta..... ¡ah! y el trigueño también.

—¡Hijo, tiene usted un gusto voraz!

—Sobre gustos nada se ha escrito. A usted le gustan las buenas formas....

—Y á mí,—añadió la trigueña.

—Cabal. A pesar de que las buenas formas de la mujer no se ven fácilmente.

—Pero fácilmente se adivinan.

—Las apariencias engañan.

—Y también los colores.

—Menos el rubio y el trigueño. Para el primero dice un cantar:

«Rubia tienes la cabeza,
Rubio tienes el cabello,
Rubia tienes la pestaña
Y eres más bella que Venus.»

—Eso se adivina.

—Es claro, ó se supone.

—Y del color trigueño no sabe usted algún cantar?

—Sí.

—¡Ay! dígalo usted.....

"Trigueño pintan á Cristo,
Trigueña á la Magdalena,
Trigueño es el bien que adoro,
Viva la gente trigueña."

—Con que, volvamos á las buenas formas.... ¿las tiene usted?—me preguntó la rubia.

—¿Y ustedes?

—Nosotras sí.

—Pues yo estoy formado en debida forma.

Ya que de formas se trata
Con toda formalidad,
Para no meter la pata,
Si no es usted mogigata,
Muéstremelas de verdad.

—Vaya que tiene usted unas cosas....

En aquellos instantes principió, no á llover, á diluviar. Cediendo al ruego de ellas, nos empaquetamos en un

GIL BLAS CÓMICO

arrastra panzas, y partimos, no sin que antes, al subir al carruaje, los indiscretos trajes me hubieran mostrado dos robustos pedestales de tan rolliza joven.

Ya en camino, atravesando baches y pantanos, me dije, parodiando aquello de la «Verbena de la Paloma»:

Una morena y una rubia,
Hijas divinas del país,
Me han dado al verlas un frentazo,
Y no he podido resistir; etc.

Pues sí, lectores, fui á ver á los pelotarís, y salí con pelota; es decir, empelotado.

ABEL KADÉR.

El espanto de la forma.

I.

¡Qué placer, qué descanso y qué alegría
más grande sintió Juan
al terminar la estatua que le había
costado tanto afán!
Con el ansia infinita de la gloria,
el pobre la empezó,
y antes de que obtuviera la victoria
como un titán luchó.
El barro á su deseo se negaba
con terquedad cruel,
y la divina forma que soñaba
huía del cincel.
Horas de un angustioso sufrimiento,
de febril ansiedad....
¡Pletórico de vida el pensamiento,
nada en la realidad!
La lucha entre el recelo y la esperanza,
hoy luz... sombra después.....
¡La altiva frente que hasta el cielo avanza
y en la tierra los piés!.....
Al dar remate á la feroz faena
todo Juan lo olvidó;
sintióse satisfecho y dió por buena
la lucha que libró.
Y mirando la estatua concluída,
dijo, lleno de fe:
"Casi me dió la muerte el darla vida,
pero es la que soñé!
Aunque sé que esta imagen prodigiosa
para algunos, quizás,
será, tan sólo, la mujer hermosa,
¡para el artista es más!
Esa mirada, al parecer tan pura,
disfraza la traición....
Se ve el alma marchando á la locura ...
se ve la tentación.
Aun la lucha acrecienta su martirio.....
mas ¿qué importa su afán?....
Quemadas por el fuego del delirio,
esas alas, caerán!
El abismo es el fin de su carrera....
Por más que intente huír,
la suerte así lo exige... ¡Aunque no quiera,
tiene que sucumbir!"

II.

Mirando fijamente á la escultura,
algún tiempo después,
con algo de temor y de amargura,
dijo al artista Inés:
«Quisiera contemplarla.....mas no puedo....
Será aprensión quizás,
pero hay algo en su cara que da miedo....
Fíjate... y lo verás....»

Rió Juan del espanto de su esposa
y dijo: «¡No ha de haber!
¡Hay que surge la infamia cautelosa
de la virtud de ayer!
¿Tras de beldad tan grande no adivinas
el profundo dolor
de un pasado feliz que se hace ruinas
que entierran un amor?
Mírala sin recelo, frente á frente....
Desde más cerca..... Ven.....
¡Esa alma no es impura solamente!...
¡es traidora también!.....
No es la mujer que, al entregarse, entrega
sólo su cuerpo... ¡no!
sino que en la ola de su infamia anega
el alma que la amó!
Hay locura y espanto..... Está á la vista.....
Pero, ¿tú lo ves?»
Y «¡Es verdad! ¡es verdad!» dijo al artista,
casi llorando, Inés.

III.

Se comprende el inmenso desconsuelo
que el pobre Juan sintió
viendo un día, hecha trizas, por el suelo
la estatua que formó.
"¿De quién será, llorando repetía,
la mano criminal
que roba toda la esperanza mía
de modo tan brutal?
¿Cómo, cuando á mi estatua se acercaba,
no tuvo compasión,
pensando que al romperla destrozaba
también mi corazón?"
Repite un nombre y otro, y no adivina
quién pudo el daño hacer,
y convertir en un momento en ruina
sus afanes de ayer.
Y entretanto, su esposa, que le acecha,
dice: "En vano temí.....
Sufre mucho, es verdad, mas no sospecha
nada... ¡Más vale así!
No era posible que viviera en calma
viendo esa estatua..... ¡no!
¡Es bastante que yo lleve en el alma
lo que en barro él formó!"

LUIS DE ANSORENA.

MISCELAENA

—Papá, ¿irás mañana al entierro del primo Carlos?
—No por cierto; ¿ha ido él al mío alguna vez?

* * *
Al separarse dos que se han querido,
¡Ay! las manos se dan;
y suspiran y lloran,
y lloran y suspiran más y más.

Entre nosotros dos no hubo suspiros
ni hubo lágrimas..... ¡Ay!
¡Lágrimas y suspiros
reventaron después..... muy tarde ya!

¡Que están emponzoñadas mis canciones!
¿Y no han de estarlo, dí?
Tú de veneno henchiste, de veneno,
mi vida juvenil.

Que están emponzoñadas mis canciones!
¿Y no han de estarlo, dí?
Dentro del corazón llevo serpientes,
y á más te llevo á tí.

CILBLAS CÓMICO

CARRERA DE TORO.

USTEDES supondrán que es empresa fácil y que puede acometer con fruto cualquier hombre de buena voluntad. Pero no es así.

El toro bravo nace como un senador vitalicio, ó un subteniente de Alcalde, es verdad.

Es animal de gusto tan delicado como el ruiseñor parlante, que, según informes de un pajarero, se alimenta con picadillo de corazones de trovador *medioeval* en conserva.

Necesita el toro pasto abundante y fresco, sol ardiente y un director que le inicie en el arte de cornear, que le haga toro, si puede.

Un añojo es, tal vez, el borrador de una eminencia, si tiene buena sangre y buen director, no espiritual, sino facultativo.

El becerro necesita sol ardiente, alimento fresco y jugoso; nada de bebida: agua pura y nada más.

La educación de un joven, becerro de su propio natural, exige cierto espíritu de observación en el director, y prudencia para no precipitar los acontecimientos.

Es preciso atender á las naturales inclinaciones del discípulo, llevarle la corriente, en tanto que no se extravíe por los malos ejemplos ó por las malas compañías... taurinas.

Durante su menor edad se halla sujeto á varias enfermedades.

El período de la cornición es muy delicado.

Una imprudencia, leve al parecer, y muy excusable en su tierna edad, puede ocasionarle un *despitorramiento* ó la pérdida total de un cuerno. Dios libre á los que tengan... intereses comprometidos en asuntos de toros.

Cualquier desgracia, por leve que sea, en su físico le perjudica en su representación social, incapacitándole para ser toro de mil quinientas pesetas para arriba y dejándole reducido á toro para novilladas; lo cual es una humillación para un cornudo que se estima en algo.

Fino por naturaleza, aseado y aristocrático, el toro huye del tango y aborrece á los vaqueros, por bastos; que hablan como si apedrearán ó que apedrean cuando hablan.

El vaquero se impone por el terror á los cornúpetos, como algunos hombres á otros hombres humildes de nacimiento y de carácter.

El toro no vive solamente de pan, como el hombre; es decir, no vive sólo de pasto, como el hombre, que, como éste, necesita educación.

Educación taurina, por supuesto.

Herraderos, tientas... y otras asignaturas.

Los preceptores aconsejan á los becerros en prácticas:

Sé bravo y no temas al hombre. ¿Quién es el torero comparado contigo? Una mariposa—como decía un maestro sastre abonado á barrera á un matador de toros vestido en diversidad de metros, ó sea de colorines.—¿Y el caballo? Una víctima suicidada por el hombre....

Y el toro se hace bravo y mata y destroza y....

La carrera de toro es hoy más corta que en otros tiempos.

Ayer no declaraban toro al animal que no hubiera cumplido, cuando menos, cinco años.

Ahora declaran toro sorteable al que ha cumplido cuatro años, y aun antes puede serlo quien lo solicite.

En otros tiempos pagaban la vida de un toro con menos de mil pesetas.

Ahora no se presenta en el ruedo un toro con vergüen-

za por menos de mil cuatrocientas ó quinientas pesetas.

Es decir, que hoy se puede ser toro *dignamente*. Yo, por mi parte, no siento aspiraciones tan altas.

EDUARDO DE PALACIO.

Un comerciante agradecido.

En el semanario EL DOMINGO, que se publica en la ciudad de Durango, leimos recientemente el artículo que con gusto publicamos en seguida:

El Sr. Jesús Terán es un comerciante bien conocido en casi todo el Estado de Durango y reside en San Juan del Río, población del mismo Estado. Sabiendo que este señor se había curado poco tiempo há por un método sencillísimo, se le interrogó sobre el particular y el expaciente hizo la siguiente relación que deben aprovechar los que sufran del mismo modo.

Dijo el Sr. Terán:

"Hacia diez años que venía padeciendo unos dolores en todo el cuerpo, que me mortificaban en sumo grado. Tan agudos eran á veces estos dolores, que no era yo dueño de mis acciones. Uníase á esta enfermedad unas acedías que me molestaban en extremo. Siempre tenía mal gusto en la boca, sensación muy desagradable en el estómago, dificultad para tomar alimentos, pues casi todo me sentaba mal.

Había perdido el apetito, y en general era yo un sér desgraciado y condenado á sufrir. Bien comprenderá usted que en mis diez años de enfermedad no dejaría de tomar medicinas. La verdad es que tomé muchos remedios sin que ninguno de ellos me aliviase. Por fortuna vino á mis manos un librito que describe los maravillosos resultados obtenidos con el uso de las Píldoras Rosadas del Dr. Williams. Comencé á tomar estas píldoras, y en dos meses conseguí con ellas lo que no había podido conseguir en diez años con otros remedios. Han desaparecido los dolores y el mal de estómago con la asedia y todo lo demás. Como bien y duermo mejor, y todo lo debo á las prodigiosas Píldoras Rosadas del Dr. Williams."

Si alguna persona desea convencerse de la veracidad de este testimonio, debe dirigirse al Sr. Jesús Terán, comerciante en San Juan del Río, Estado de Durango, República Mexicana, ó al Sr. Luis Meraz, también comerciante radicado en el mismo punto. Este último vende las Píldoras Rosadas del Dr. Williams, y dice que no existe remedio ninguno tan popular y de tanta venta.

Las Píldoras Rosadas del Dr. Williams contienen en forma condensada los elementos necesarios para dar nueva vida y riqueza á la sangre y para restablecer los nervios. Son específico infalible para enfermedades como la ataxia locomotriz, parálisis parcial, baile de San Vito, ciática, neuralgia, reumatismo, dolores de cabeza nerviosos, palpitación del corazón, cutis pálido y anémico, frialdad de las manos y de los pies, mal de estómago y toda clase de debilidad en ambos sexos.

Todas las farmacias de este país venden las Píldoras Rosadas del Dr. Williams. Cualquier persona que tenga dificultad en adquirirlas debe dirigirse á la casa Dr. Williams Medicine Co., de Schenectady, New York, y será avisado donde comprarlas. La misma casa cuenta con un departamento médico para atender *gratuitamente* á las consultas de los pacientes, donde quiera que se encuentren.

PENSAMIENTO.

La educación hace las costumbres domésticas, inspira las virtudes sociales, prepara milagros inesperados de progreso intelectual, moral y religioso; y contribuye poderosamente al engrandecimiento de los pueblos.

Dupanloup.

GIL BLAS CÓMICO

La esposa de mi tío.

NOVELA FAMILIAR.

(Continúa.)

—¿Sí?

—Y luego como me quiere tanto y es tan celosa. . . .

—¿Con que es celosa?

—Vaya.

—Ese trato merecía, tío; pero sella la indignación que siento en este instante el respeto que debo á usted y á ella, por ser su esposa.

—Si vieras cuánto me quiere. . . .

—Me alegro,—le dije casi enternecido, recordando los felices días en que desperté á los impulsos del amor, inspirado por sus gracias de niña, casi polla ya; queriendo, como la *crisálida*, romper su cárcel sombría para transformarse en alegre mariposa.

—Parecè como que te disgusta que me quiera. . . .

—¿Qué disparate! ¿de dónde deduce usted?

—Casi he visto rodar por tu mejilla una lágrima.

—Me acordé de mis padres.

—Eso, eso demuestra que eres un buen hijo.

—Todo yo soy bueno, tío.

—Me alegro; pues sigue siéndolo, que no te pesará.

—Con que lo quiere mucho su esposa?

—A rabiarse, ya verás, ya verás.

—No lo veré, ¿qué quiere usted que en acceso de rabia amorosa me muerda á mí?

—Hablo en hipótesis.

—Pues en hipótesis le digo que yo suelo algunas veces rabiarse, pero de cólera; y francamente, no le envidio á usted su suerte; porque si su esposa rabia de cariño y yo de ira, qué hará usted con dos rabiosos?

—¿Yo? . . . rabiarse también.

—Lo creo; pero descuide usted, ya procuraré. . . .

—Sí, sí; procura tener juicio y no dar lugar con alguna locura tuya, á que se altere la paz octaviana que reina en mi casa.

—Me supone usted capaz. . . .

—De todo, hijo, de todo; te conozco. A bien que ahora con el ejemplo que has de ver de las buenas costumbres, ya te encarrilarás en ellas. Elena se encargará de ello y yo también.

—Como su esposa sea la que haya de encarrilarme. . . .

—Qué. . . .

—Nada. . . . que seré feliz.

—Así lo espero.

Con el pausado movimiento del coche, tras de este diálogo, mi tío se quedó dormido y roncaba soberanamente como hombre satisfecho de su felicidad presente y futura.

III

Las ocho de la noche serían cuando entramos por las talanqueras del cortijo, atravesando una calle de álamos como de doscientos metros de largo, en cuyo extremo estaba situada la casa habitación de la hacienda.

Iluminado se veía el segundo piso. Los labradores y peones de ella, en unión de sus familias, lo mismo que los vecinos de una aldea inmediata, habían acudido invitados por *la esposa de mi tío*, para festejar nuestra llegada; y en efecto, no bien descubrieron el coche principiaron á dar vivas atronadores, á lanzar cohetes al aire y hacer demostraciones ruidosas de la más franca y sincera alegría.

El coche se detuvo, nos apeamos de él, y mientras mi tío se detuvo hablando con algunas personas que no conocí, yo me dirigí á la casa entre los vivas *al señorito*, dados por la concurrencia.

Mis ojos recorrieron con indescribible ansiedad todos los sitios que me rodeaban y todas las fisonomías que me cercaban, queriendo descubrir el semblante hechicero de mi adorada tía, pero en vano.

Con esa impaciencia del que siente y desea, recorrí toda la casa preguntando por ella á cuantos encontraba á mi paso, hasta que me detuvo una voz, dulce como la mirada de la virgen del cielo, diciéndome: *aquí estoy, loco*.

Un estrecho abrazo unió nuestros corazones y un beso apasionado unió nuestros labios.

Mi tío estaba presente.

Al chasquido del beso que resonó en mi alma como detonación rugiente en la atmósfera, preludio seguro de no lejana tempestad, mi tío me preguntó:

—¿Qué haces, hombre?

—Ya lo ve usted, abrazo y beso á mi querida tía. Si es tanto lo que la quiero por ser mi prima, por ser mi tía y por ser su esposa, que hasta estoy por repetir.

—Repite, repite, chico. . . .

Y repetimos dos veces más.

—Basta de repeticiones—exclamó mi tío separándonos bruscamente.

—No sea usted así—le dijo con muestras de marcado desprecio á su esposo.

—No, seré de otro modo. Hazme el favor de no darle alas, porque es muy capaz de volar—me advirtió mi tío silenciosamente al oído.

—Yo no, ella es la que. . . .

—Por eso, no la inquietes tú. Vamos arriba, señores; la cena nos está esperando, no la hagamos esperar. Dale el brazo á tu tía—me dijo.

Y pasamos al piso alto, tomando desde luego asiento en espaciosa mesa más de catorce personas, las más

distinguidas de aquellas comarcas vecinas, entre ellas un cura venerable y el alcalde de la aldea.

Durante la cena se brindó por la patria, por la marina española y por todo lo que al bien particular de cada uno convenía.

Yo también brindé, ó mejor dicho, disparaté; pero no debió ser mi brindis tan malo, cuando mereció los honores de ser aplaudido.

Hubo algunos instantes de silencio.

Mi tía, que estaba sentada junto á su esposo y el cura, frente por frente de donde yo estaba, me dijo:

—Pero qué bien te va el uniforme, chico, si pareces un almirante, y eres buen mozo.

—Lo será, que de menos nos hizo Dios; lo que yo deseo es vivir lo bastante para verlo hecho un *Gravina* ó un *Churruca*—añadió mi tío.

—¿Y qué grado tiene usted?—me preguntó el cura.

—Hasta hace unos cuantos días no era nada; pero desde entonces me ennoblecí mi patria con la charretera de alferez de navío.

—Muy bien,—dijo el alcalde.

—Si hoy lo viera su padre, mi pobre hermano—añadió mi tío.

—O mi tía—dijo Elena.

Aquellas palabras imprimieron en mi ánimo un sello de sentimiento que amargó por un instante la inefable satisfacción que gozaba; y unas lágrimas de dolor arrasaron mis mejillas, que fueron á humedecer el pelo de mi naciente barba.

La esposa de mi tío lo observó y se aproximó á mí para consolarme.

—Gracias—le dije—enternecido.

—No sabes tú lo que yo te quiero y te queremos todos. Por ti sería yo capaz de arrojarme al fuego,—añadió mi tía.

—¿Sí? ¿Y usted, tío, se arrojaría al fuego por mí?

—Hombre, eso. . . . no, francamente; pero sería capaz de. . . . anda, siéntate y no lo consueles más, que ya está bien consolado,—le dijo á su esposa.

—Pobrecito—añadió ella.

—Pobre es el Diablo, que no tiene parte en la gloria; no lo compadezcas tanto.

—¡Ay, no sea usted así!

—Es que no quiero ser de otro modo.

Este diálogo pasaba en un extremo de la mesa, mientras los convidados sostenían en el otro extremo una conversación sobre las excelentes cosechas de trigo de aquel año.

—Pues yo le declaro que no me gusta ser ridícula, y á fe qué plaza de tal me hace usted pasar, con tantas exigencias y tantas ridiculeces. . . .

(Continúa.)

CIL BLAS CÓMICO

Indecisión,

EL quinqué de pantalla, color de esmeralda, colocado sobre el bruído mármol de la chimenea, alumbraba con ténue claridad la alcoba aristocrática de María, imprimiendo en los objetos esa severidad que siempre da el claro-oscuro en una estancia.

Se ven allí, en artístico desorden, confundidos todos los refinamientos del lujo: tapices de damasco azul pálido, rameado con florecillas blancas; muebles de rosa con incrustaciones de ébano y aloe; mullido lecho velado por finísima cortina de gasa; alfombra de legítima procedencia francesa ó persa (no recuerdo) y cuadros suspendidos de los muros.

También la Naturaleza prodigaba allí sus primores; pues que, por el entreabierto balcón llegaban á la estancia los aromas de las acacias y limoneros en flor del inmediato jardín, y junto á ellos deslizábase con timidez, un ténue rayo de luna que armonizaba el conjunto.

De improviso una mujer penetró en la alcoba: de cuerpo gentil y esbelto; de rostro tan pálido como el rayo de la luna; de ojos tan negros como su ondulante cabellera; parecía la encarnación del ideal más exigente; la realidad de un sueño encantador.

Cerró con violencia la puerta que comunicaba su habitación con la de sus padres, torció el picaporte, y como una loca con las precauciones del que teme ser sorprendido, pasó su mirada, vaga é indecisa, por toda la pieza.

Dirigióse con precipitación hacia un pupitre, y sacó de uno de sus secretos el objeto, sin duda, de su inquietud: era una esquila. Sentóse con frágil ansiedad delante del mueble, y pasando una mano por su ardorosa frente, mientras con la otra comprimábase el pecho, murmuró:

—¡Al fin sola; gracias, Dios mío!

Trémula por la emoción, desdobló la esquila, en la que se leían las siguientes líneas:

«María:

Tengo una alma cuyos pensamientos son todos para usted: tengo un corazón, que á impulsos del amor que usted le inspira, ardiente late; tengo un honor, mi único tesoro, el que sin recelo confiaría á su lealtad. ¿Acepta usted mi alma, y con ella mi corazón y mi honor?

Armando.»

Conforme leía, los tintes del rubor cubrieron las mejillas de María, y al murmurar apasionadamente: ¡Me amase desprendieron de sus ojos dos lágrimas de ternura...

Quedóse pensativa largo tiempo: volvió á leer la esquila, sacó de otro secreto, blanco y perfumado papel, y..... corrió al balcón como si obedeciera á misterioso empuje, clavando su mirada en la brillante luna, como pidiéndole inspiración y valor.

Entró de nuevo en la alcoba, radiante de alegría y felicidad, exclamando:

—Sí, ya sé.

Y comenzó á escribir:

«Armando:—El alma, el corazón.....»

—¡Ah, no puedo,—dijo con desaliento y rompió lo que acababa de escribir.

Otra vez tomó la pluma y cerró los ojos por ver si encontraba en el abismo de su alma las frases deseadas de su corazón. Largo tiempo permaneció en esa actitud, y abriendo sus rasgados y hermosos ojos en los que se revelaba la satisfacción, sacó otro pliego de papel, mojó la pluma en el tintero, y en los momentos en que creía terminada su ruda tarea, expiró la luz en el quinqué.....

VOLCARLLASE.

Dos épocas.

A LA SRITA. MARÍA EMERY.

I.

Quince abrilés tenía,
Cuando gozosa, alegre y vivaracha,
Fué á confesarse la gentil María,
¡La más bella muchacha
Que bañó con su sol la patria mía!
Con rubor se acercó al confesonario,
Repasando las cuentas del rosario,
Y empezó á confesarse humildemente.

Pero notó la gente
(Aunque esta afirmación sea insegura,
Porque es la humanidad muy maldiciente)
Que, al marcharse la bella penitente,
¡La hizo ponerse colorada el cura!

II.

Hoy, que tiene María
El doble de la edad que antes tenía,
Marchóse á confesar humildemente....
Y ha notado la gente
Que, al confesar de amores su locura,
¡Hizo ponerse colorado al cura!

JORGE GUERRIER.

Musa.

A JOSEFINA.

¡Oh, llega á mi alma con blando vuelo,
pálida musa! baja del cielo,
ven mis tristezas á disipar;
haz que mi pecho sienta el consuelo
que tú, benigna, le sabes dar,
Haz que del plectro dulce, acordado
brote ese ritmo nunca escuchado;
dale á mis versos inspiración,
para que á ella tu genio alado
las notas lleve de mi canción.
Llega: mi estancia cubren las flores,
y aquí, do trinan los ruiseñores,
te espero, ¡oh musa! llega: el dosel
de augusta reina los trovadores
te han preparado cual un joyell
Ven, princesita de rizos de oro,
mi casta novia que tanto adoro,
tus dulces ritmos quiero escuchar.
llega, mi musa, que ya el sonoro
canto de Diana no ha de tardar.
Ya estás conmigo, virgen de Elmira,
tu numen santo temple mi lira
para que alada mi inspiración
lleve á mi dueño, por quien suspira
mi alma, las notas de mi canción.

LUIS E. LEPINE.

CANTARES.

Para juzgar á los hombres
no ha y que fiarse del rostro,
porque á veces el veneno
se encierra en un vaso de oro.

* * *
Soñé que al pie del altar
fuimos nuestro amor á unir;
¡qué risueño fué el dormir!
¡qué triste fué el despertar!

C.

CIBRAS CÓMICO

Amor de india.

HACE 30 años más ó menos, vivía en la falda de un cerro, en una choza de caña brava, una pobre familia de indios.

En la choza, y en compañía de sus padres, habitaba una joven de 16 años de edad, hermosa y bien formada, como verdadera hija de la serranía.

Huachín (que así se llamaba) era morena, como son las mujeres de su raza sin mezcla; tenía ojos pardos, hermosos, y de un mirar lánguido é irresistible.

Su cuerpo era flexible como los bejucos del bosque; y la cotona ceñida á su cuerpo, hacían más visibles sus seductores encantos.

Sus piés diminutos y desnudos, reposando sobre un pedazo de cuero vasto, llamado *guarachi*, habría causado la desesperación de una coqueta limeña.

Tenía cabellera negra como la pluma del tucán, y sedosa como el musgo que cubre los troncos de los árboles de la montaña.

Huachín vivía tranquila.

Sus padres cultivaban maíz, y de cuando en cuando partían para Jauja ó al cerro de Posco, á vender exquisitas piñas, naranjas, aguacates, etc.

Huachín quedaba entonces encargada del hogar doméstico.

Entre las indias se la tenía un respeto supersticioso, ocasionado por la circunstancia siguiente:

Huachín, después de haber hecho una larga jornada para buscar granos de guayar con que forman sus adornos los indios, rendida, se tendió sobre la yerba y en breve se quedó dormida.

A poco, una serpiente coral, uno de los reptiles más temibles, se deslizó sobre la hermosa joven, y acomodándose tranquila, se durmió al abrigo del seno de Huachín.

Sus compañeras huyeron espantadas, procurando hacer el menor ruido posible para no alarmar al reptil, lo que hubiera ocasionado la muerte de la preciosa joven.

La serpiente, después de un largo rato se retiró, y Huachín despertó, sin tener el menor conocimiento del peligro que había corrido.

Las indias son muy supersticiosas, y esta circunstancia fué más que suficiente para que miraran á Huachín como un sér sobrenatural.

II.

Una ocasión que estaba sola en su choza, pues sus padres habían ido á Posco, pasó por allí un joven teniente que iba de guarnición á Chanchamayo, puerto que el gobierno sostiene para contener los avances de los chunchos, indios salvajes del interior de la montaña.

Huachín, al lado de la vereda que forma el camino, se ocupaba en peinar su abundante negra cabellera á la orilla de un cristalino arroyo.

El teniente, deslumbrado al ver á tan seductora joven, detuvo su brioso corcel y le pidió permiso para descansar.

Una sonrisa, que le mostró nuevos atractivos en dos hilos de perlas, le dió á conocer que su solicitud era admitida con gusto.

Algunos días permaneció el teniente en la choza.

Había concebido por Huachín un amor violento, pero la joven permanecía insensible.

—Adiós, Huachín, la dijo un día el teniente; me voy para siempre.

—¿Volverás?

—¿Y con qué objeto? tú no me amas.....Y picó con las espuelas su fogoso alazán.

—Ven, ven.

El teniente regresó; y al desmontarse, estrechó contra su pecho á Huachín.

—No te irás de aquí, le decía la encantadora india: yo y mis padres te amaremos mucho, ¿no es verdad? soy tan feliz contigo!..... Cuando te apartes de mí, llevaré constantemente traje de luto.

—Te amaré siempre, Huachín, pero me es imposible permanecer por más tiempo aquí. Debo partir para Chanchamayo; en seguida vendré á vivir contigo, ¡te lo juro!

Los ojos de Huachín despidieron una siniestra claridad y dijo después con embriaguez:

—Parte, pues, pero cumple tu palabra.

El teniente montó su corcel y partió.

III.

Ha transcurrido un año.

Huachín, desesperada, recorre los bosques como buscando un lugar que nunca encontrará, para mitigar su dolor.

Sus compañeras la siguen á distancia, temiendo que sea presa de las fieras ó reptiles del bosque.

En una ocasión se puso en camino para Chanchamayo. Después de algunas dificultades logró ver al teniente.

—Has faltado á tu juramento, le dijo, y ha sido preciso que yo venga á buscarte.

—Tú me acriminas, Huachín, porque ignoras que me ha sido imposible abandonar el fuerte.

—Te perdono. Solo he venido para hacerte feliz. Ustedes los blancos aman el oro, y yo he encontrado un depósito notable de ese metal.

—¿Qué dices?

Y de los ojos del teniente brotó una mirada de codicia, que no escapó á los ojos de la india.

—Es una riqueza inmensa; yo no necesito oro, lo único que ambiciono es tu amor. Sí, Huachín, lo tienes; pero dime, ¿dónde está esa riqueza?

La india sonrió imperceptiblemente, y respondió:

—Ven conmigo.

La aurora teñía de ténue rosa la atmósfera, cuando el teniente y Huachín llegaban á la choza.

El fuego estaba apagado. Hacía un frío intenso.

—Espera, dijo Huachín, voy á darte algo caliente para que se te disipe el frío.

Calentó agua, la vertió en una taza, le agregó un puñado de coca y un poco de chancaca.

En seguida, sacando una substancia verduzca y vizcosa de un canuto de caña, la vertió en la taza de madera.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y su cuerpo se estremeció.

—Bebe, le dijo al teniente.

Y volvió la cara como para no ver algo terrible.

—¡No bebas! gritó en seguida; pero ya era tarde.

El teniente había tomado un sorbo y en el acto quedó muerto.

El curare es el veneno más activo que se conoce, y con él envenenan los indios sus flechas.

Huachín estrechó entre sus brazos al inanimado cuerpo del joven, besó su boca con locura, y después dijo:

—Bien; ahora es mío para siempre!

Su rostro había tomado un aspecto feroz.

Arrastró el cadáver al borde de un precipicio que estaba muy cerca, entrelazó sus brazos con el cuerpo del teniente; sus rostros se juntaron, y ambos desaparecieron en el abismo.

JOSÉ H. DE PÉREZ.

* * *

Ayer te busqué en tu casa
y no pude hallarte en ella,
y en seguida comprendí
que era porque estabas fuera.

CILBLAS CÓMICO

El gato del compadre.

QUIÉN no conocía en el pueblo la gracia del compadre Dieguiyo, que imitaba lo mismo el canto del ruiseñor y del canario y otras aves parleras y "canónicas," ó canoras, que las *fermatas* del pollino, y las murmuraciones de la rana como las romanzas del perro y los *jiptos* del gato enamorado?

Así como á otros les pedían que cantasen malagueñas convencionales ó guajiras de género chico, á Dieguito le decían:

—Dieguiyo, haz algún animal.

Y Diego ladraba, rebuznaba como el burro del alcalde, ó trinaba como el ruiseñor pregonero.

En recompensa y aun como estímulo para que derrochase más gracias, «le convidaban» en todas las casas y era una necesidad en todas las juergas, como esos chicos que improvisan coplas en los banquetes.

El compadre de Dieguiyo, Jacinto, era un hombre de una vez.

Buen mozo y guapo, y el amo del pueblo, que le temía como á un nublado.

Porque como hombre de bien sí lo era, pero un tanto obscuro de entendimiento y capaz de desbaratar con un puñetazo una pared maestra.

Estaba recién casado con María Magdalena, ó *Malena*, como la nombraban ordinariamente sus convecinos, la mejor moza del pueblo y aun del partido y casi de la provincia.

—¡Vaya una cintura y una anchura de hombros y unos abultamientos de pecho y unas curvaturas de caderas!

—¡Y vaya unos ojos perturbadores y negros, insurrectos é incendiarios, y vaya una manigua de pelo negro y ondulado como el mar, de la misma color!

—¡Y vaya una boca pa *besala* como á reliquia e santo ú cosa así!

—¡Y vaya una voz, y vaya unos andares y una finura de princesa rusía!

Estos y otros piropos dedicaban á Magdalena sus convecinos y algunas convecinas, de las que reconocían los méritos de la moza.

Porque entre mujeres, antes se reconoce la virtud que la hermosura de otras.

—¡Qué lástima de muchacha, tan fina para un animal, mejorando, como Jacinto—apuntaba algún émulo del marido.

Se querían los cónyuges como dos locos.

¿No se habían de querer?

Como decía la gente:

—¡Pudiera no querer ese zángano á una «imagen» como esa!

Y las mozas y las veteranas, por su parte:

—No faltaba más—decían ó pensaban—sino que *esa* despreciara á un mozo como Jacinto. ¿Quién era ella?

—¿Y quién era él?—objetaban los hombres.

—Una probetica sin una peseta.

—Pero honrá, muy honrá. ¿Y él?

—¿Él? Tenía un cortijo, y le tiene, y cabayerías y unas jazas de tierra que valen un güen dinero.

El compadre Dieguiyo era un sinvergüenza, hablando sin agraviar.

Le parecía Magdalena, lo mismo que á todos, una gloria para cualquier hombre, por lo hermosa y por lo buena.

Y en su «forro interno»—como él decía—estaba enamorado de su comadre; es decir, de la mujer de su compadre, que, verdaderamente, ni era su compadre ni nada.

Pero se contentaba con echar algunas flores á Magdalena, y con comer y beber á su vera, y con hacer el burro, y cuanto ella le pedía para divertirla.

Jacinto le trataba con franqueza y confianza, y no sospechaba deslealtad en su compadre, por varias razones. Primera, por su buena amistad.

Y después, porque Dieguiyo le conocía bien y sabía lo que pudiera costarle su atrevimiento.

El regalo de boda del compadre había sido un gato sabio, negro y lustroso y buen mozo en su clase.

Magdalena se le pidió á Diego, y éste se apresuró á llevarsele.

Era un gato que hacía el «ejercicio de fusil» con una vara, y que maullaba musicalmente, como si cantara algo de zarzuela.

Magdalena cuidaba al *minino* como á un hijo adoptivo. Con pretexto de ver al gato ó de visitar al matrimonio Diego no salía de la casa de su compadre.

Un día, por fin, no pudiendo contenerse y aprovechando la ausencia de Jacinto, se atrevió á declararse del todo á Magdalena,

La moza eelebró riendo la broma del compadre.

Hasta que, «tan pesado se puso el hombre,» que tuvo que desengañarle de una vez y echarle de la casa.

—Aquí no vuelva usted cuando no esté Jacinto—le dijo—y esto porque no quiero proporcionarle disgustos ni que le dé á usted una desazón.

Pero Dieguiyo, que se había propuesto intentar el asalto, creyendo que Magdalena mudaría de opinión, llegó una noche á la casa de su compadre.

—Si llamo, no me abrirá—pensó.

Y empezó á maullar en la puerta.

Magdalena, que no se acordaba de semejante persona, creyendo que el gato se había quedado fuera de la casa, abrió la puerta.

El compadre se coló de golpe.

La escena fué trágico-burlesca.

En aquella oportunidad, Jacinto, de regreso en el pueblo, llegó á su casa.

Lo que allí pasó no pudo saberse, aunque se presumió en el pueblo.

Dieguiyo contaba en la intimidad:

—Amarrao á una viga me tuvo en un desván ocho días jasiendo el gato, y comiendo cordilla y desperdicios lo mismo que un gato original y auténtico. Y gracias á que no me desolló vivo.

EDUARDO DEL PALACIO.

Murmuración.

Murmura el aura en el jardín frondoso
Las flores al besar.

Y murmura el arroyo cristalino

Los campos al surcar

La lira del poeta enamorado

Dizque murmura amor.

Y en el bosque también murmura amores

Canoro ruiseñor.

Pues si auras, arroyuelos, liras y aves

Murmuran sin cesar.

Y en su murmuración, ¡pérfidos hombres!

Placer soleis hallar,

¿Por qué también nosotras las mujeres

No hemos de murmurar?

VITAL AZA.

Solamente en las escuelas públicas pueden aprender los niños la práctica de la justicia y de la igualdad.

Vacherot.

CIL BLAS CÓMICO

Corazón vendido.

Estruendosa salva de aplausos acogió el gracioso brindis del último comensal. El champagne, pérfido y dorado, se agitó bullendo en las copas, levantadas por cien manos temblorosas, y Cora, la linda Cora, sentada á la cabecera de una mesa, sonrió como una diosa.

—¿Quién eres? le preguntó Astul, el poeta pálido de los versos de colores, rosando con sus labios ardientes el hombro desnudo de la cortesana.

—Yo soy Cora, la bailarina.

—¿Quieres darme tu corazón?

—Mi corazón no se da, mi corazón se vende—repuso ella sacudiendo con el orgullo del cinismo su cabeza de reina, coronada de brillantes.

El poeta pálido se inclinó, y envolviéndose en su capa de terciopelo salió de la sala del festín, grave y taciturno.

Dos años pasaron, dos largos años, durante los cuales solo el frío y el infortunio visitaron la boardilla del poeta pálido.

Y una noche de invierno tomó su capa, fué á la mesa de la orgía, donde pensaba encontrar á Cora, la bella cortesana.

Allí estaba ella, en efecto, rodeando con su brazo de mármol el cuello de Eugenio Roch, el imbécil millonario.

—¿Quieres darme tu corazón? la dijo el poeta con voz tan queda, como el suspiro de una mariposa enamorada.

—Llegas tarde, ya lo he vendido, repuso Cora soltando una carcajada y señalando con su mano cuajada de anillos, un estuche de felpa roja que le ofrecía el millonario.

Astul saludó, y embozándose en su capa obscura, abandonó paso á paso la sala del festín, mudo como una sombra.

Pasaron otros dos años. La gloria y la fortuna tejieron una doble corona para la frente de Astul, el de los versos de colores.

Y fué en una noche inolvidable de triunfos y de regocijo, cuando el poeta y Cora la bailarina volvieron á encontrarse en la mesa del festín.

Entonces ella se acercó á él, y mirándole con sus ojos brillantes, como las facetas de una piedra preciosa, le dijo:

—¿Me amas todavía?

El apuró su copa sin contestar.

—¿Quieres mi corazón?—insistió Cora con timidez.

—¡Tu corazón!—exclamó el poeta con amarga sonrisa.—¿Acaso es tuyo? ¡Un corazón que se vende no se recobra jamás!

X. X. X.

* * *

Al pescado aficionada
mi prima Lucrecia Hernida,
es la mujer más delgada
que he visto en toda mi vida;
tanto, que el doctor sostiene
que, aunque no comete excesos,
la pobre ni un gramo tiene
de carne sobre los huesos.
¿Veis cómo vive Lucrecia
descarnada por su mal?
¡Pues todavía la necia
dice que es prima *carnal!*

* * *

"Compadeced á la mujer caída,"
suelen muchos decir. ¡Bellas palabras!
lo malo es que lo dicen casi siempre
los que más contribuyen á que caiga.

Miserias de la vida.

Las infinitas miserias de la vida han producido siempre quejas universales. El hombre más sabio del mundo terminó sus experimentos en busca de la felicidad, haciendo esta confesión: que todo es vanidad; y los antiguos patriarcas lamentaron que sus días de peregrinaje fuesen cortos é infundados.

No hay principio sobre el cual sea más superfluo acumular autoridades, ni que nuestros sentidos descubran más fácilmente, que el que asegura que la miseria es el lote del hombre, y que nuestro estado actual es un estado de peligro y de infelicidad.

Cuando consideramos la vida remotamente, ¿qué otra cosa nos presenta sino un caos de miserias, una escena confusa y tumultuosa de penalidades y disputas? Si contemplamos las edades pasadas en el rebervero de la historia, ¿qué otra cosa acumulan en nuestra imaginación, sino crímenes y calamidades? Un año se distingue por un hambre, otro por un terremoto; reinos desolados, ya por la guerra, ya por la pestilencia; la paz del mundo interrumpida por los caprichos de un tirano, ó por el orgullo de un conquistador. La memoria se encuentra sobrecargada únicamente con vicisitudes deplorables, y vemos la felicidad tal cual es, de una parte del género humano, derivarse por lo común, de triunfos sanguinarios que confieren poder á los vencedores, no tanto para mejorar la vida con algunos goces nuevos, como para hacer miserables á los otros, y satisfacer su propio orgullo por medio de una grandeza comparativa.

Pero el que examina la vida con atención más rigurosa, encuentra que la felicidad del mundo es menor de lo que parece. En algunos intervalos de prosperidad pública, ó para usar un término más propio, en ciertas intermisiones de calamidad, se percibe en el pueblo una difusión general de dicha; todo es triunfo y alegría, satisfacción y abundancia; no hay temores, ni peligros públicos, ni se oyen quejas en las calles. Pero esta calma general mejora muy poco la condición de los individuos: la pena, la malicia y el descontento, continúan sus estragos: el silencioso descubrimiento adelanta sin cesar, y el sepulcro recibe sin interrupción las víctimas de la aflicción.

TOME USTED LAS PILDORAS

PERFECCIONADAS VOMI-PURGANTES DE

MALLEN,

INMEJORABLES PARA LOS DESARREGLOS GASTRO-INTESTINALES.

EN USO DESDE EL AÑO 1850.

Buenas en todos los climas y en todas las estaciones.

DEPÓSITO GENERAL:

Droguería de la Profesa de Julio Labadie, Suc. y Comp.—México.

CIL BLAS CÓMICO

Remedios caseros.

EN verdad que los hombres tenemos unas ocurrencias, en las que no pensó Dios cuando hizo el mundo. Una de ellas es nuestra inclinación irresistible á dar medicinas á todo bicho viviente.

Si alguien viene á preguntarnos qué debe hacerse, porque el casero lo ha demandado y quiere lanzarlo de la casa, le aconsejamos que vaya en busca de un abogado para que se encargue del asunto.

Si otro nos pregunta de qué manera quedará mejor construida su casa, lo enviamos á ver á un arquitecto para que resuelva sus dudas. Y en ambos casos en que solo se trata de intereses materiales, hacemos abstención de nuestra sabiduría; pero se trata de una enfermedad, en que quizá va de por medio la vida de un sér, y entonces todos somos unos Hipócrates, unos Galenos.

Que se encuentra usted con Don Atilano, que viene con una cara más larga que una rama de hepasote:

—¿Qué pasa, amigo mío, que tiene usted ese semblante tan...

—¡Ay, querido! una muela maldecida que no me ha dejado dormir en toda la noche.

—¡Hombre! pero si eso se quita con nada. Mire: mande comprar medio de esencia de clavo, moja usted en ella un algodoncito y se lo pone en el agujero de la muela.

—Si no la tengo agujerada.

—Entonces mejor; con unos buchecitos de cáscara de encino y creosote, en cinco minutos está usted bueno.

Y aquel infeliz se ampolla la boca con el maldito remedio, y al cabo de ocho días resulta que se trataba de una postema en la raíz de la muela. y que por estarse haciendo medicinas caseras se ha perdido el tiempo, y cuando se ocurre al facultativo hay que raspar la quijada ó que extraer otras muelas ya contaminadas.

Que va usted en busca de D. Saturnino Ayala y se lo encuentra rabiando de la jaqueca:

—Pero, amigo mío, usted está padeciendo porque quiere. Esas jaquecas son nerviosas; mande usted traer en el acto aguardiente alcanforado, y con él empápele la cabeza cada cuarto de hora.

Y el enfermo, á las cuatro curadas se da á todos los diablos, porque el dolor era producido por una indigestión, que un médico, con un ligero purgante, hubiera hecho desaparecer en pocos momentos.

Conozco á una Doña Torcuata Perdigón, que anda paseándose muy oronda, debiendo estar hace más de cinco años en Belén, por más de cuatro homicidios que ha cometido. Es una vieja capaz de salirse del mejor banquete por dar y aun aplicar una medicina casera. Una vez se estaba bañando en el patiecito de su vivienda á jicarazo limpio, cuando oyó que en la habitación contigua se quejaba fuertemente una mujer.

Al oír Doña Torcuata los quejidos, no esperó siquiera á vestirse, sino que se envolvió en una sábana y se espentó en la casa de la enferma.

—¿Qué tiene usted, mi hijita, por María Santísima?

—¡Ay! señora, una punzada en la punta del dedo gordo de un pie, revuelta con ardor y comezón.

—A ver, veremos, veremos... ¡Oh! si esto no es nada.

—¡Cómo nada? si hasta estoy sudando.

—Pues no es otra cosa que un siete cueritos, del que mañana á estas horas ni se acuerda siquiera. ¿Quiere usted que yo la cure?

—Cómo no he de querer, señora? por vida de usted.

La vieja volvió á su pieza, se medio vistió, y regresó á la de la paciente, trayendo una especie de emplasto

compuesto de sebo, chapopote, miel virgen, petróleo, trementina, cera de campeche, copal blanco, goma de nopal y ajos machacados. De este endemoniado menjurje le plantó un parche en el dedo y se lo vendó á su manera.

Al día siguiente, la enferma estaba por supuesto peor; los dolores eran más intensos, y la calentura se presentó sin que la vieja se apercibiera de ello, y siguió aplicando el benditísimo parche que, según ella, era el más poderoso madurativo que se conocía.

A los seis días, la calentura había subido á cuarenta grados y los sufrimientos de la enferma eran tales, que compadecidos los demás vecinos llamaron á un buen médico, quien al reconocer la parte enferma, movió tristemente la cabeza.

—Es un cáncer, dijo, del peor carácter: hace cuatro días, con la amputación del dedo se hubiera salvado esta infeliz; hoy solo Dios podría salvarla.

Al otro día la enferma se murió, aunque tranquilamente, debido á las continuas inyecciones de morfina.

Pero la vieja, con toda la prosopopeya que da el cinismo, les decía á los vecinos:

¿Ya lo ven? en cuanto que vino el médico, la mató; si solo para eso sirven los médicos!

M. S. S.

Vigilia.

Pasé la noche en actitud inmóvil
En un rincón de mi vetusta alcoba,
Y entrecerré los ojos con las luces
De la naciente aurora...

El cuerpo dormitaba y el espíritu
Libre meciase cual enferma hoja,
En ese reino mudo que en el sueño
Del insomnio se forma.

Sentíame tan ligero como el aura
Que triste arrulla á las marinas ondas,
En esas tardes de nublado cielo,
En esas tardes solas...

Y descendí sin fuerzās al abismo,
Y me llené de tedio entre las sombras!...
¡Se arrebuja en mi espíritu la noche
De las tristezas hondas!

Cómo sufrí soñando en ese limbo
De fantasmas que engendra la congoja...
¡Y cómo desperté más que contento
Al olor de la sopa!...

MARAVELO.

Dentro de mí reconozco
esta distinción marcada:
por mi madre doy la vida,
por mi amada doy el alma.

Monterey, N. L., Mayo 13 de 1893.

Señores Scott y Bowne.—Nueva York.

Muy Señores Míos: La Emulsión de Scott es un medicamento muy bueno, pues en él tenemos todos los elementos para reconstituir á los organismos debilitados. Es, además de un sabor agradable.

DOCTOR ALFONSO MARTÍNEZ.

Todos los facultativos que conocen por experiencia la Emulsión de Scott la proclaman el gran reconstituyente productor de fuerzas y creador de carnes.

GIL BLAS CÓMICO

Había gata encerrada.

Era una noche
De claro cielo,
Brisas de hielo
Soplaban ya:

En el palacio
Las cuatro daban
Y diez sonaban
En Catedral.

Eran las ocho,
Según barrunto,
Las ocho en punto
O un poco más.

(Lector querido:
No te me enojés,
Esos relojes
Siempre andan mal.)

Cantaba el grillo
Tristes querellas
De las estrellas
Al resplandor.....

Y un hombre á escape
Pasó á mi lado
Muy embozado
Y se alejó.

En una casa
De aspecto *bruja*
El gran piruja
Despareció.

Era la casa
De una modista
Y un prestamista
Muy hablador.

Al rató el pillo,
Ratero inculto,
Llevaba un bulto
Fenomenal.

Un colchón era
De lino y raso
Y el bribonazo
Lo iba á empeñar.....

Llegó al empeño
Con faz amarga,
Puso la carga
Por un rincón;

Y apresurado,
Con ansia horrenda,
Dejó la prenda
Y se largó.

¿Por qué con mucha
Mucha presteza
Dejó su presa
Y se marchó?

Porque el taimado
No tuvo tino
Y ¡oh desatino!
¡Horror, horror!

Al prestamista
Tanto temido
Robó dormido
Dentro el colchón!

Y si se espera
Otro ratito,
Yo no le quito
Su revolcón.

MARAVELO.

TOSSES Y CATARROS.

Como curativo de la Tos y del Catarro no tiene igual la Emulsión de Scott. Hay gran diferencia entre "detener" ó "aliviar" y *curar radicalmente* un catarro ó tos. No puede haber curación real sin hacer desaparecer la causa de la enfermedad. La Emulsión de Scott devuelve al sistema robustez y fuerzas haciendo que no esté tan expuesto á estas enfermedades. El principio de la Tísis es á menudo un catarro ó tos. Como la

Emulsión de Scott



Marca de Fábrica.

de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa cura tan efectivamente la tos y el catarro, se la considera muy necesaria medicina de familia que es prudente conservar en la casa contra tan frecuentes afecciones. Es agradable al paladar. Los niños la toman con verdadero placer y los transforma de raquíticos y endeble á fuertes y rollizos, blindandolos, por decirlo así, contra las Toses y Catarros y otras enfermedades. Pruébese. No hay nada mejor para curar la Anemia.

De venta en las Boticas. Rechácense las imitaciones.

Scott y Bowne, Químicos, Nueva York.

Correspondencia.

XXVII.

Sr. M. Dávalos.—Recibimos sus versitos. Dábalos á las cajas, cuando vino el diablo y dijo: «¡quitalos! Y yo le dije: ¡pues tómalos! Y se los dí á él. ¡Llórelos!

Sres. J. H. de Pérez, Maravelo y Roberto Lunar.—Salen sus composiciones.

Sr. S. Montero.—Suenan bonito sus Tropicales, con sus arroyuelos, sus pajarillos, etc. Ese género de poesía, bordada al canevá con estambre de colores, puede hacer artista á una niña de siete años, al menos en materia de cuelgas tropicales á sus señores padres.

Sr. L. E. Lepine.—Bien está la musiquita, aunque no hay nada de ópera.

Estos versitos,
cisne canoro,
con castas novias
de rizos de oro,
son áurea paja,
cantos.... de loro.

Sr. J. Guerrier.—Salado y picante su cuentecito. ¡Otro!

ARLEQUIN.

HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO.

Pectoral de Cereza del Dr. AYER

NO TIENE IGUAL

Para la curación rápida de

Resfriados, Toses, Gripe,

-Y-

Mal de Garganta.



Alivia la tos más aflicta, palia la inflamación de la membrana, desprende la flema y produce un sueño reparador. Para la cura del Garrotillo, Tos Ferina, y todas las afecciones pulmonales á que son tan propensos los jóvenes, no hay otro remedio más eficaz que

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PRIMER PREMIO EN LAS
Exposiciones Universales de Barcelona
y Chicago.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca.,
Lowell, Mass., E. U. A.

Póngase en guardia contra imitaciones baratas. El nombre de "Ayer's Cherry Pectoral" figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada frasco.

GIL BLAS CÓMICO

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

GIL BLAS diario: Por un mes:
 En México..... \$0.75
 En los Estados..... 0.90

GIL BLAS COMICO:
 En México..... 0.25
 En los Estados..... 0.30

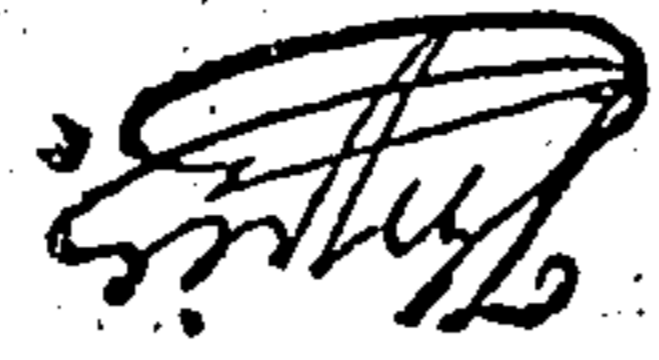
GIL BLAS Y GIL BLAS COMICO:
 En México..... \$1.00
 En los Estados..... 1.20

NOTA.—Los pagos deben hacerse precisamente adelantados.

No se servirá ninguna suscripción para los Estados, si no se paga por trimestres adelantados 2 Pesos 70 Centavos PARA GIL BLAS, DIARIO; Y PARA GIL BLAS COMICO: 90 CENTAVOS.

Por UN AÑO ADELANTADO: 10 PESOS.
 — 6 meses — 6 PESOS.
 Con derecho á ambas ediciones.

GIL BLAS es el único periódico en la República Mexicana, que no deja de publicarse ni un solo día del año pues los lunes publica su edición del semanario Cómicó.



ASMA Y CATARRO
 Curados por los **CIGARRILLOS ESPIC**
 ó el **POLO**
 OPRESIONES, TOS, REUMAS, NEURALGIAS
 TODAS FARMACIAS de la Capital. Venta por mayor: 20, rue St-Lazare, París.
 EXIGIR ESTA FIRMA SOBRE CADA CIGARRILLO.



Las PÍLDORAS del Dr. AYER

Han sido objeto de los más Altos Honores en las principales Exposiciones Internacionales, incluidas las de Barcelona y Chicago, dos de las más recientes. El abono dispensado por aquellas autoridades con carácter oficial á la excelencia y virtudes medicinales de las Píldoras del Dr. Ayer, confirma el juicio que han merecido del público en general durante más de una generación, de que estas Píldoras son las mejores del mundo.

Son **PÍLDORAS** Son
 Puramente **AYER** Azucara-
 Vegetales. **del Dr. AYER** das.

EL ESTREÑIMIENTO

afecta seriamente los órganos digestivos y asimilativos, incluso los Riñones, y en este estado no pueden extraer de la sangre el ácido úrico, el cual, al ser introducido en el sistema, causa Reumatismo y Neuralgia.

DESARREGLOS BILIOSOS.

Entre los síntomas indicadores de Bilioidad hay la Nausea, Mareos, Dolor de Cabeza, Flaqueza de Fuerzas, Fiebre, Vista Turbia, Amarillez de la Piel, Dolores en el Costado, Espalda y Hombros, Aliento Fétido, Lengua Saburrosa, Irregularidad en las funciones intestinales, Vómitos, etc. Cuando ocurre el Estreñimiento el Tubo Digestivo se afecta y sobreviene Indigestión ó

DISPEPSIA.

La Mala Boca, Dolores Gástricos, Dolor de Cabeza, Acidez del Estómago, Agrura, Nerviosidad y Depresión de Animo son evidencias de Dispepsia, enfermedad que tanta congoja causa. Se hallará un Alivio Seguro para las irregularidades del estómago y demás dolencias consiguientes en las

Píldoras del Dr. Ayer.

Estimulan el estómago, descargan los intestinos, comunican salud vigorosa al hígado entorpecido y á los riñones, y con sus propiedades tónicas y laxantes fortifican y purifican todo el sistema.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Se venden en las principales Droguerías y Farmacias.

LINIMENTO GENEAU

40 Años de Exito

No mas **FUEGO**
 No mas **Peladuras**



Solo TOPICO
 reemplazando el Fuego sin dolor ni caída del pelo, cura rápida y segura de las Cojeras, Esparavanes, Sobrehuesos, Torceduras, etc. etc. Efectivo y resolutivo inmejorable en las glandulas y males de garganta.

Se vende en RESTIVIER y G^o, 275, calle St-Honore, Paris y en todas las Farmacias.

LA FRATERNAL.

COMPANÍA DE SEGUROS DE VIDA Y ACCIDENTES SOCIEDAD ANÓNIMA.

Expede pólizas ordinarias de la VIDA ó de plan ilimitado. Capitalizadas, Dotales de niños, de Accidentes, de Viajes marítimos ó por ferrocarril y Económicas.

La amplitud de su sistema y la liberalidad de sus condiciones, ponen en aptitud á cualquiera persona de asegurarse en LA FRATERNAL.

No tiene rival por la baratura de sus planes, y garantiza sus obligaciones con el aumento creciente de su capital y con los depósitos efectuados conforme á la ley reglamentaria de seguros.

OFICINA PRINCIPAL: SAN FELIPE NERI NÚM. 7. MÉXICO.

APARTADO POSTAL: 750.

PRESIDENTE,

DR. IGNACIO POMBO.

DIRECTOR GENERAL,

ENRIQUE ARAGÓN.

DIRECTOR MÉDICO,

DR. EDUARDO LICÉAGA.

Ingratal.

I.

Que le amabas dijiste á Bonifacio
 Él me dijo lleno de emoción.
 Dióme un papel á leer, era tu letra
 Allí correspondías á su amor.
 Qué gusto se pintaba en su semblante,
 Llorando, templaudo me abrazó
 Sentí su corazón junto á mi pecho
 Con rápida y feliz palpitación!

II.

Era la noche tempestuosa y fría,
 Cuando encontré beodo sin razón.
 Al pobre bonifacio en la taberna
 ¿Y sabes tu por qué se emborrachó?
 ¿Sabes por qué en las calles vaga triste
 Aquel, tu esposo, tu primer amos?
 Fué que á los tristes rayos de la luna
 El mozo de tu casa.... qué se yo!

J. M. Godoy.